

El camino para combatir los prejuicios y la xenofobia es huir del simple voluntarismo y los discursos bienintencionados. Por el contrario, abrir los ojos a una complejidad a veces tan contradictoria, que sólo una labor minuciosa de investigación nos permitirá comprender y sólo una gestión política lúcida, a la vez global y coherente pero también atenta a la realidad de cada contexto particular, extraerá de él toda su fecundidad potencial. El reto al que nos enfrenta la inmigración es precisamente la investigación, la educación en actitudes y valores y la gestión política adecuada, no las recetas simplificadoras ni los maximalismos.

LUIS V. ABAD MÁRQUEZ

LORENZO CACHÓN. *Inmigrantes jóvenes en España: sistema educativo y mercado de trabajo*. Madrid, Instituto de la Juventud (Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales), 2003, 360 págs.

Desde sus comienzos, la investigación sobre inmigración en España dependió de las demandas de instituciones públicas que, como paso previo o de forma complementaria a sus

actuaciones, deseaban conocer aspectos generales o específicos de ese fenómeno y de la población surgida de él (los inmigrantes y su incorporación al mercado de trabajo, inserción en la escuela, acceso a la vivienda, «integración», etc.). Tarde o temprano tenía que tocarles el turno a los jóvenes inmigrantes, colectivo del que hasta hace poco no teníamos noticia, pues al ser su peso demográfico escaso no había estudios o publicaciones que lo tomasen como objeto de interés. Pero como explica Cachón, esta situación ha cambiado, debido a dos razones: por una parte, porque el ciclo demográfico de la inmigración ha hecho que muchos de los hijos de las familias llegadas a España en los últimos lustros hayan alcanzado esa edad; por otra, porque los actuales movimientos migratorios hacia Europa ya no siguen la pauta de aquellas oleadas de los años 50, 60 y 70 en las que primero llegaba el cabeza de familia y luego su mujer e hijos venían a reunirse con él, sino que hoy en día los proyectos migratorios protagonizados por jóvenes sin cargas familiares son cada vez más corrientes, como es muy notable en el caso de la actual inmigración argentina a España, tan distinta de aquella de hace décadas.

Nada habría que objetar a que la investigación social dependiese de la demanda institucional, de no ser porque esa dependencia afecta a la autonomía de los estudiosos para escoger su objeto de estudio y —lo que es más importante— para definirlo. En el caso que nos ocupa, esto último es particularmente delicado, pues a la siempre complicada definición de la categoría de *inmigrante* (¿es todavía un inmigrante quien inmigró hace ya mucho años?; ¿son inmigrantes los hijos de inmigrantes?; ¿son «inmigrante» y «extranjero» términos equivalentes? etc.) se une el no menos espinoso interrogante, propio de la sociología de la juventud, de si tiene sentido agrupar a un conjunto de personas sólo porque comparten el situarse en un rango de edades (es decir: si la juventud es un grupo social). Se entenderá mejor los efectos perniciosos que la combinación de estas dos incertidumbres pueden tener con un ejemplo claro: ¿qué tienen en común una argentina de 29 años recién llegada a España y un adolescente hijo de inmigrantes marroquíes nacido en este país, aparte de figurar ambos en las estadísticas oficiales como «jóvenes» y como «extranjeros»? Y, ¿es eso suficiente para agruparlos

bajo la etiqueta común de «inmigrantes jóvenes»?

Afortunadamente, el estudio que reseñamos aquí, surgido de una demanda realizada por el Instituto de la Juventud (INJUVE) del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, tiene la virtud de plantear abiertamente estas intrincadas cuestiones, y de tomar nota de los efectos que podría tener el soslayarlas a la hora de acercarse a un objeto de estudio de estas características. Por algo su autor lleva años dedicándose al estudio de la inmigración (sobre todo al de los mercados laborales, terreno en el que es especialista) y conoce de sobra las dificultades que éste entraña. Cachón consigue así mantener el difícil equilibrio del buen investigador social: responder a la demanda del «cliente», manteniendo el tema para cuyo estudio es financiado, y ser al mismo tiempo fiel a la sociología, revelando críticamente cómo ese tema está institucionalmente construido, y recordándonos que los discursos sobre el objeto (incluyendo el del propio INJUVE como institución pública dedicada a «la juventud») forman parte de ese objeto, y que por eso la sociología debe señalarlos, distanciarse de ellos y decirnos que están ahí.

Donde mejor se expresa esto es en la página 54: «debemos pasar de la creencia de que existe la «juventud inmigrante» (presuntamente homogénea, porque ese es el mensaje que transmite su enunciado en singular) a examinar el modo de su producción, las condiciones históricas concretas en las que se producen las «juventudes» (en plural) según, básicamente, su origen nacional o étnico. Un análisis histórico de cómo se van conformando (es decir: dando forma y creando consenso en torno a dicha forma) debería analizar el origen social y el papel de la familia; el género [...]; el sistema educativo y sus (transformados) mecanismos de reproducción; el mercado de trabajo y las políticas y prácticas de gestión de mano de obra por parte de las empresas [...]; el contexto institucional; el papel conformador de las políticas, especialmente de la políticas de extranjería e inmigración y de las políticas de empleo (juveniles)». Obviamente, esos vastos objetivos desbordan el marco de una única investigación. Cachón reconoce desde el principio que la suya tiene el modesto carácter exploratorio que corresponde al momento actual de primeros acercamientos a eso que se

llama «la juventud inmigrante». Habiendo además emprendido su trabajo en solitario (pues su autor figura en solitario como único miembro del equipo investigador), no puede dar cuenta de tal programa de investigación. Con todo, es muy de agradecer que el autor nos recuerde cuáles deben de ser las líneas maestras sobre las que definir sociológicamente los contornos de este objeto de estudio, aunque él, como Moisés, señale el camino de la tierra prometida pero no llegue a entrar en ella.

A través de un barrido completo de las fuentes estadísticas disponibles, y tratando de responder a unas pocas preguntas básicas sobre los inmigrantes jóvenes (p. 57: «¿cuántos son? ¿Cuántos estudian? ¿Cuántos están ocupados? ¿Cuántos parados hay?»), Cachón muestra que existen diferencias significativas entre los jóvenes extranjeros residentes en España y los nacionales en dos esferas fundamentales: el sistema educativo y el mercado laboral. Si la observación de esas dos instituciones es básica para conocer la situación de cualquier segmento de población, en el caso que nos ocupa dicha observación es particularmente pertinente, pues como dice Gerard Mauger, experto fran-

cés en temas de juventud, los jóvenes están en *la edad del enclausamiento*: de lo que ocurra en los últimos años de formación y los primeros de inserción en el mercado de trabajo va a depender en gran parte su trayectoria social posterior. Veamos esto con algo más de detenimiento.

A responder a la primera de esas preguntas, cuántos son los inmigrantes jóvenes, se dedican los capítulos tercero y cuarto de la obra. Y puesto que el grupo llamado «juventud inmigrante» surge del cruce de esas dos condiciones, la de ser jóvenes y la de ser extranjeros, la cuestión debe abordarse desde esos dos sitios distintos: el de la nacionalidad y el de la edad. Lo primero parece más obvio, y es por ello un acierto de Cachón hacernos parar mientes en lo segundo, considerando a los jóvenes inmigrantes no sólo como inmigrantes, sino también como parte integrante de la juventud española.

El capítulo tercero extrae del conjunto de la población residente en España a quienes tienen entre 15 y 29 años, independientemente de su nacionalidad. A partir de los datos del Padrón Municipal del año 2000, en él se dibuja la pirámide de población española y se calcula proyecciones de

mográficas para los años 2003, 2008 y 2013. Así, se muestra que tanto el volumen absoluto como el peso relativo de la población juvenil caerá en los próximos años, y se estima los efectos que este descenso puede tener sobre la población activa en España. El capítulo cuarto desplaza el énfasis desde la edad a la nacionalidad (pues es la variable nacionalidad la que se utiliza siempre para hablar de inmigrantes, dado que los datos disponibles invisibilizan a quienes ya han adquirido la nacionalidad española), dibujando la pirámide demográfica de la población extranjera residente en España, y destacando de ella a quienes tienen determinadas edades. El bloque demográfico del estudio se cierra con un largo anexo estadístico, de casi 50 páginas, que a nuestro entender debería haberse situado al final del libro, pues al ponerlo entre los capítulos supone un gran paréntesis que interrumpe la lectura del informe.

El capítulo quinto trata sobre los jóvenes inmigrantes en el sistema educativo español. Como hizo en los dos anteriores y como hará en el siguiente capítulo, antes de la presentación y análisis de los datos el autor hace un comentario sobre las fuentes estadísticas de

las que ha extraído estos. Estas aclaraciones son de gran utilidad para el lector que no esté familiarizado con dichas fuentes, y que puede así aprovechar los conocimientos de Cachón sobre sus características, ventajas e inconvenientes particulares. Si como decíamos más arriba la trayectoria educativa es, junto con la laboral, decisiva en la situación de cualquier grupo social, los datos analizados en este capítulo perfilan un panorama desfavorable para los jóvenes inmigrantes provenientes de fuera de la UE, pues muestran claramente un nivel formativo medio inferior al de los comunitarios y españoles, con lo que ello supone de peor posición para el acceso al mercado de trabajo.

Ese es precisamente el tema que se desarrolla en el capítulo sexto, el que constituye el grueso del libro. Mostrando un conocimiento preciso del tema y una envidiable capacidad de manejo de las fuentes, el autor hace un recorrido exhaustivo por los diferentes aspectos determinantes de la situación laboral: ocupación, actividad, paro, distribución por ramas productivas, tipo de contrato, demanda de empleo, percepción de subsidios, etc. Tres indicadores son claves para realizar un diagnóstico: primero, una alta tasa de

actividad entre los inmigrantes jóvenes, lo que, a la edad en que la mayoría de los españoles aún están formándose, es señal clara de un bajo nivel de cualificación. Segundo, una elevada tasa de paro, sobre todo entre las mujeres, que además de estar discriminadas en el mercado de trabajo por su género lo están también por su nacionalidad. Y tercero, una fuerte presencia en las ramas económicas donde el empleo reúne unas condiciones de trabajo particularmente duras y un escaso poder social de negociación, y en donde apenas hay presencia de jóvenes españoles (son, claro está, las consabidas ramas donde se concentra la mayoría de la población inmigrante de cualquier edad: servicio doméstico, construcción, agricultura y hostelería). La combinación de estos tres indicadores, a la que se puede añadir los otros mencionados más arriba que Cachón aporta también, no deja lugar a dudas sobre lo ya adelantado: los jóvenes provenientes de países no comunitarios, sobre todo los originarios de África y Asia, se encuentran en una situación laboral claramente peor que los españoles y los de la UE.

Al comenzar la lectura del siguiente capítulo del libro, el

séptimo y último, el lector puede echar de menos alguna transición con los anteriores, dedicados exclusivamente al análisis de datos cuantitativos, y éste, cuyas primeras secciones versan sobre los programas y políticas institucionales dirigidas directa o indirectamente a los jóvenes inmigrantes. Recorriendo las líneas básicas de estas políticas, reaparece el cruce de problemáticas mencionado al principio: «la reflexión sobre políticas en este terreno debería comenzar desde dos perspectivas complementarias y necesarias para abordarlo: las políticas de juventud y las políticas de inmigración» (p. 335). Pero no sólo esas, pues Cachón tiene el buen tino de recordarnos a continuación que, aparte de esas políticas específicas, hay toda una serie de políticas generales que afectan directamente a los jóvenes inmigrantes, «especialmente educación, trabajo, salud, lucha contra la exclusión, vivienda, acceso a los servicios públicos, ocio y tiempo libre»... O sea, todas aquellas con fines redistributivos que fortalecen el Estado de bienestar y los derechos sociales, pues no por casualidad los inmigrantes (nos referimos, claro está, a los extracomunitarios) pertenecen a las capas

más desfavorecidas de la población, como han dejado claro los abundantes datos revisados.

A ese repaso de políticas comunitarias, nacionales, autonómicas y locales sigue una segunda parte del capítulo, introducida por un recordatorio y una recomendación. El recordatorio es el de unas revueltas de jóvenes inmigrantes sucedidas en 1991 en Bruselas, que no habrían tenido lugar de no ser tan grande «la contradicción entre las expectativas que se producen con enunciados [institucionales] que prometen integración y reconocimiento, y las realidades de marginación y discriminación en distintos campos que sufren los jóvenes inmigrantes» (p. 343). Y la recomendación es la siguiente: «los desafíos que la juventud inmigrante plantea a las sociedades de acogida no sólo exigen elaborar un discurso coherente que favorezca la inclusión mutua entre la sociedad de acogida y los inmigrantes [...], sino que se pongan en marcha políticas estables y eficientes que apoyen dicha inclusión y que sirvan para luchar contra los riesgos de la marginación y la discriminación» (p. 344). El resto del capítulo se dedica a traducir dicha recomendación

en las diversas esferas de la vida de los jóvenes inmigrantes: la educación, el trabajo, el ocio y la participación ciudadana. Cachón nos recuerda que, más allá de las buenas intenciones y de los mencionados «enunciados que prometen integración y reconocimiento», es mucho lo que hay que hacer en cada uno de esos campos para evitar que las férreas lógicas que imperan en nuestra sociedad (la del capital, la del Estado-nación, la de la etnicidad, la del género...) sitúen, combinándose entre sí, a los inmigrantes en la pendiente de la exclusión social.

En el ámbito escolar, es necesario que «el sistema educativo logre que estos chicos y chicas alcancen niveles medios y superiores de formación académica y profesional que puedan, en cierto modo, compensar otras dificultades», palabras de la socióloga M.^a Luz Morán citadas en la p. 345. En el ámbito de la transición de la educación al trabajo, y dada la constatada situación de discriminación, el peligro a evitar es el que ya expusieron en 1973 Castles y Kosack en su clásico *Los trabajadores inmigrantes y la estructura de clases en la Europa Occidental*, del que Cachón toma esta larga cita: «la cuestión que hay que decidir es si

esto [el que los hijos de inmigrantes no tengan las mismas oportunidades y no disfruten de un estatus semejante al de los autóctonos] se debe a una mera negligencia, o si bien es parte de una política más o menos deliberada para tener la seguridad de que en el futuro siga habiendo gente que esté dispuesta a aceptar empleos mal retribuidos, de baja categoría y deficientes condiciones de trabajo, que en la actualidad aceptan los inmigrantes. Las pruebas existentes nos hacen suponer que los hijos de los que hoy ocupan el estrato más bajo seguirán perteneciendo a él en la futura sociedad de Europa Occidental» (p. 347).

El ámbito laboral es absolutamente determinante, pues en una sociedad salarial como la española el acceso a recursos y las condiciones de vida de la población (inmigrante o sedentaria) depende en gran medida de su posición en los mercados de trabajo. En esa esfera, es hora de ir precisando y afinando los conceptos para nombrar las cuestiones relacionadas con la progresiva igualdad de derechos y oportunidades entre inmigrantes y autóctonos, o entre mayorías y minorías étnicas. Es también imprescindible ir pensando cada vez más, como hace Ca-

chón, en términos de *discriminación*, concepto que engloba a otros más restringidos como *racismo*, *xenofobia* o *prejuicios*, y cuyo uso está ya muy extendido en otros países, por ejemplo en Francia, para referirse a uno de los principales obstáculos a que se enfrentan los inmigrantes y su descendencia. De la misma forma, también es de alabar que en lugar de hablar de *integración* lo haga de *inclusión*, concepto que tiene la virtud de quien lo oye lo reconoce claramente como opuesto al de *exclusión social*, que es el que corrientemente se usa para nombrar el proceso por el cual una persona es alejada del acceso a los recursos disponibles para la mayoría de la población por efecto de mecanismos sociales estructurales. Frente a esa clara ventaja conceptual, el término *integración*, además de haberse devaluado mucho a fuerza de no ser nunca del todo claro, tiene el problema de que, al usarse específicamente para hablar de los inmigrantes, actúa en cierto sentido como un velo que oculta el hecho indiscutible de que, dejando de lado la mencionada discriminación por motivos de nacionalidad y etnicidad, los otros problemas a los que se enfrentan estos son estructuralmente idénticos a los que

aquejan al alto número de españoles que también sufren las desigualdades sociales. (Y Cachón da de nuevo en el clavo cuando dice que «para el imaginario social es más fácil enfocar cualquier problema desde la (visibilidad de) la dimensión étnica o cultural que, de esa manera, cumple una función de ocultamiento de las verdaderas raíces del problema, que son de carácter social. Esta suplantación del orden social por el orden étnico, además de ser políticamente peligrosa porque es simiente para el racismo, puede hacer ineficaces las medidas adoptadas para compensarlas y para garantizar que el sistema educativo sea espacio de igualdad de oportunidades» (pp. 345-346.)

En el ámbito del ocio, y recordando el papel fundamental que en la sociedad de consumo juega este en la «construcción de identidades juveniles y el desarrollo de prácticas sociales» (p. 349), el autor señala que los escenarios del ocio son muy relevantes como espacio simbólico de transición hacia la ciudadanía y la deseable hibridación cultural. Y en el ámbito de la participación ciudadana, Cachón habla de la necesidad de fomentarla como vía para el *empowerment* (concepto que toma del desarrollo comunita-

rio) de los grupos sociales desfavorecidos.

Finalmente, nuestro autor cierra el recorrido que ha hecho en el último capítulo de su libro incluyendo entre sus recomendaciones la de potenciar la investigación social de las problemáticas a que se enfrenta la juventud inmigrante. Siendo el mismo un (solvente) investigador social, y situada esa recomendación al final de un (buen) estudio sobre ese mismo tema, no deja de ser ella un guiño de reflexividad socio-lógica, de esa que evocaba el maestro Jesús Ibáñez cuando decía la sociología es la forma que tiene la sociedad de conocerse a sí misma.

IÑAKI GARCÍA BORREGO

ALONSO PONGA, JOSÉ LUIS y RICE, MITCHELL F. (Coords.) *«Más allá de nuestras fronteras» Cultura, inmigración y marginalidad en la Era de la Globalización*. Valladolid, Vicerrectorado de Relaciones Internacionales de la Universidad de Valladolid y Race and Ethnic Studies Institute, Texas A&M University, 2003, 464 págs.

Este volumen recoge las actas del congreso *«Más allá*

de nuestras fronteras» Cultura, inmigración y marginalidad en la Era de la Globalización, celebrado en Valladolid en el mes de mayo de 2002, y coordinado conjuntamente por el Vicerrectorado de Relaciones Internacionales de la Universidad de Valladolid (Profesor Alonso Ponga) y el Race and Ethnic Studies Institute, de la Texas A&M University (Profesor Rice).

El objetivo de este congreso puede expresarse a través de dos líneas: La primera, encaminada a fomentar la comunicación intercultural entre Europa y los Estados Unidos de América; con respecto a éstos, haciendo hincapié en las culturas hispanas y afroamericanas radicadas en Estados Unidos; y, sobre aquélla, centrándose en los problemas que en los diversos estados de la Unión motiva la continua llegada de inmigrantes. La segunda línea argumental se centra en analizar las consecuencias que implica la ampliación de las fronteras nacionales: de qué manera se establecen las fronteras socio-culturales, cómo se crean las marginaciones y cuáles son las estrategias concretas utilizadas, precisamente, para superar dichas fronteras.

El congreso, estructurado alrededor de siete mesas te-